



DISCURSO

& SOCIEDAD

Copyright © 2010  
ISSN 1887-4606  
Vol. 4(4) 792-808  
www.dissoc.org

---

*Artículo*

---

**Constantes semánticas en las unidades  
fraseológicas descorteses**

*Unvarying semantic features in impolite idioms*

*M.<sup>a</sup> Auxiliadora Castillo Carballo*  
Universidad de Sevilla (España)

## Resumen

*En este trabajo se pretende analizar el funcionamiento semántico de las unidades fraseológicas. Nos centramos en las que poseen un claro carácter descortés, aunque, en todo caso, se pueden percibir diferentes grados, ya que las distintas circunstancias comunicativas hacen que el valor disfemístico se intensifique o atenúe. Se hace hincapié en una serie de constantes semánticas presentes en estas unidades, pues se parte de las variadas concepciones que el hablante tiene de la realidad que le rodea para manifestar indiferencia o rechazo. No cabe de que las unidades fraseológicas, por su especial expresividad, son elementos fundamentales para marcar las diversas emociones.*

**Palabras clave:** *lexicología, fraseología, eufemismo, disfemismo*

## Abstract

*This article endeavours to analyze how idioms function semantically. We tackle those which are clearly impolite in character or, at any rate, reveal varying degrees of impoliteness, since different communicative scenarios give rise to an increase or a decrease in their dysphemistic value. A series of unvarying semantic features present in these units will be underlined, given the different ways of conceiving surrounding reality a speaker has when it comes to expressing indifference or aversion. There is no doubt that idioms, due to their distinct expressiveness, are key elements whereby a range of emotions may be stressed.*

**Keywords:** *lexicology, idioms, euphemism, dysphemism*

## Introducción

El universo fraseológico en sí mismo es muy complejo, como también lo es el hecho de establecer unos límites claros entre los procedimientos de creación y reproducción que constantemente se combinan en el discurso, es decir, entre lo que Coseriu (1981) denominó *técnica del discurso* y *discurso repetido*, respectivamente<sup>1</sup>.

Aunque ya es mucha la bibliografía que se acumula en torno a estos elementos léxicos con una finalidad esclarecedora, resultan imparables las aportaciones que tratan de profundizar, de matizar e incluso de anular algunas de las ideas más asentadas. No cabe duda de que la heterogeneidad de las unidades que son susceptibles de formar parte de la Fraseología<sup>2</sup>, dificulta bastante no la descripción o explicación del funcionamiento sintáctico o del aspecto semántico de una determinada categoría —tarea más o menos ardua al abordar cualquier fenómeno lingüístico—, sino la fijación de fronteras entre unos tipos y otros<sup>3</sup>.

Casi todo resulta controvertido, desde la gran variedad terminológica para nombrar la unidad con la que trabaja la Fraseología (*expresión pluriverbal*, *unidad fraseológica*, *unidad pluriverbal lexicalizada y habitualizada*, *unidad léxica pluriverbal*, *expresión fija* o *fraseologismo*), hasta los diversos intentos de clasificación y de poner orden en las distintas unidades que presentan cierto grado de estabilidad sintagmática<sup>4</sup>. Estas dificultades han provocado ineludiblemente consecuencias importantes en la práctica lexicográfica, pues los diferentes repertorios han registrado estas combinaciones de forma muy irregular, con etiquetados pocos exhaustivos y fluctuantes. No cabe duda de que los diccionarios actuales han empezado a subsanar algunas de las principales deficiencias que ensombrecían el tratamiento de los elementos sintagmáticos, si bien la heterogeneidad que caracteriza a estos impide que se den soluciones definitivas y generalizadas. Es muy frecuente, en este sentido, que un mismo tipo de unidad, precisamente por contener algún elemento que ocasione cierta ambigüedad interpretativa, pueda catalogarse de manera distinta<sup>5</sup>. Igualmente, se observan diferencias en la información microestructural sobre el sentido o sentidos habitualizados, pues una misma expresión la podemos encontrar definida en un diccionario en metalengua de signo y, en otro, en metalengua de contenido. Es lo que sucede, por ejemplo, con *no tener* (o *no necesitar*) *abuela*:

(1) U. para censurar a quien se alaba mucho a sí mismo (Real Academia Española, 2002).

(2) Alabarse a sí mismo en exceso (Seco, 2004).

Probablemente, esta diferencia de criterios obedece a una finalidad muy específica. Lógicamente, la referencia manifiesta al empleo contextual y, por tanto, el incumplimiento de la ley de la sinonimia, aporta una serie de matices expresivos que con cierta frecuencia poseen las combinaciones sintagmáticas fijadas. En el ejemplo (1), la información proporcionada advierte del carácter reprochable que implica la alabanza de uno mismo. Por ello, el empleo de esta expresión supondrá, según el enunciado en el que aparezca, una valoración negativa de la acción que expresa la unidad (que siempre es previa a la formulación del fraseologismo por una segunda o tercera persona). Resulta evidente que el ejemplo (2) carece de esta apreciación, imprescindible para que el potencial usuario del repertorio lexicográfico pueda codificar de forma adecuada su discurso, pues el valor semántico de esta combinación no queda suficientemente claro si no se hace explícito el rechazo. La modestia es un comportamiento social que se presupone, por lo que, aunque esta expresión esté especialmente circunscrita a situaciones comunicativas en las que se da una indudable complicidad entre los interlocutores, no deja de evidenciar cierta intención de descortesía, pues la autoalabanza desmesurada de uno mismo puede colocar en una situación de inferioridad al otro. Del mismo modo, en secuencias de discurso donde no se da una vinculación afectiva, la misma expresión revela una firme ridiculización y un deterioro de la imagen del interlocutor que se traduce en una intensificación del valor descortés. Imaginemos, por ejemplo, que el líder de la oposición le dice al Presidente del Gobierno en el Congreso (tras una intervención en la que se vanagloria este último de su gran capacidad para gobernar) lo siguiente:

(3) Señor Presidente, está claro que usted no tiene abuela.

Resulta evidente el efecto que produce ante todos los presentes.

Al margen de estas particularidades, conviene puntualizar algunos aspectos en relación con los estudios más recientes del fenómeno fraseológico. En la actualidad, está muy generalizado el hiperónimo *unidad fraseológica*. Así mismo, de todas las clasificaciones, goza de una gran aceptación la llevada a cabo por Corpas Pastor (1996). Tal vez, el éxito de esta taxonomía se deba a una concepción amplia de los fenómenos fraseológicos, pues no sólo se tienen en cuenta combinaciones sintagmáticas habitualizadas por el uso, dependientes del entorno sintáctico, con un elevado índice de coaparición y con cierto grado de transparencia semántica —al menos, en el proceso de descodificación, pues en el de codificación se

suele producir una minoración de la composicionalidad—; sino unidades que poseen un estatus textual y operan, por tanto, con plena autonomía. Tampoco se obvian, por supuesto, aquellos segmentos léxicos en los que la opacidad significativa viene dada por la cancelación de los sentidos de sus elementos constitutivos. Son los criterios de enunciado y fijación los que vertebran las tres esferas que configuran esta clasificación. De este modo, las que no constituyen un enunciado completo se segregan del resto, es decir, colocaciones y locuciones, frente a enunciados fraseológicos, cuya independencia sintáctica les confiere un funcionamiento distinto en el discurso. Igualmente, de acuerdo con la distinción coseriana de sistema y norma, las unidades cuyo uso está supeditado a las leyes de la Sintaxis se segregan del resto, en unos casos, por el hecho de que la consolidación de su estructura dependa del hábito lingüístico de los hablantes (colocaciones), de tal manera que la fijación de los elementos podría ser otra sin que se alterara la significación (*correr la cortina/desplazar la cortina, escena dantesca/escena espantosa*); y, en otros, influye que su configuración formal venga impuesta como algo esencial para que se mantenga un sentido concreto (locuciones)<sup>6</sup>. En cuanto a los enunciados fraseológicos, la fijación de su estructura se da en el habla, se trata de una manifestación socio-cultural propia de la comunidad lingüística.

Desde otro punto de vista (García-Page, 2008), se desestiman muchas de las consideraciones anteriores, en la medida en que se ponen en entredicho los límites entre unos tipos y otros de unidades y se advierte de su fragilidad categorial:

Creemos que el verdadero núcleo de la Fraseología, su auténtico objeto de estudio, son las locuciones, y que las clásicas paremias y proverbios o refranes deben ser asignados a la Paremiología, como ya proponía Casares a mediados del siglo XX, se conciba o no ésta como parte de la Fraseología. La tradición más moderna le ha ido atribuyendo a la Fraseología más poder, más alcance, adscribiéndole otros tipos de unidades que, aun con claras concomitancias en algunos aspectos, no le pertenecen en absoluto.

Es de este modo como la Fraseología ha llegado a convertirse en un voluminoso e inabarcable cajón de sastre, con trajes de distinta hechura, género y color; más propios de un carnaval lingüístico. La Sintaxis, la Morfología, y también el Léxico, han quedado seriamente mutilados al arrebatarles fragmentos de su vetusto cuerpo, secularmente formado, tales como las estructuras sintagmáticas modernamente conocidas como colocaciones y las solidaridades léxicas, los también jóvenes predicados de verbo soporte o de apoyo, y los compuestos sintagmáticos o sinápticos (García Page, 2008: 8).

Esta concepción estrecha de la Fraseología, no deja de ser interesante y sugestiva, y, de hecho, en este trabajo nos vamos a centrar fundamentalmente en las locuciones, pero, del mismo modo, vamos a tener en cuenta también las unidades que la “moderna tradición” engloba en las

otras esferas<sup>7</sup>, con la única finalidad de analizar el comportamiento de algunos elementos léxicos que, con un valor intensificador, proporcionan un matiz descortés al conjunto.

### Aspectos significativos

En cuanto a los mecanismos semánticos que articulan las unidades fraseológicas, habría que señalar que en las estructuras colocacionales el sentido se ve oscurecido únicamente por uno de sus elementos (el colocativo), que es el que adopta un valor significativo especializado en compañía del otro (la base). Precisamente esta singularidad favorece que en determinados tipos de secuencias se produzca una intensificación de lo expresado por la base.

Por su parte, las locuciones, en las que habitualmente el significado global no se puede desprender de la suma de sus componentes, de acuerdo con la mayor o menor idiomatidad manifiesta, pueden proporcionar, a veces, una valoración indirecta de la realidad, ya que el carácter traslaticio de sus componentes alejan de la consideración reprochable o peyorativa que se pretende proyectar sobre la referencia. Se podría decir que se busca mantener una de las máximas cortesas, la de tacto. De este modo, se activa el principio de cooperación social y amistosa entre los interlocutores. Por ejemplo, el empleo de la locución *bala perdida*, pese a la valoración negativa que posee, puede implicar una minoración frente al vocablo que podría sustituir la secuencia sintagmática, que, en este caso, no es otro que *tarambana o alocado*. No obstante, no siempre es así, pues existen locuciones que, aun teniendo un sentido traslaticio, los elementos que la conforman refuerzan la desaprobación.

Es interesante también señalar que muchas veces en el discurso se presenta la posibilidad de hacer un doble uso de las unidades fraseológicas, según se active su carácter compositivo o unitario. Desde un punto de vista formal permanecen inalterables, aunque en cuanto a su contenido se producen contrastes semánticos favorecidos por el contexto. La institucionalización y sanción social de estas combinaciones sintagmáticas propician que se comporten como unidades memorizables e idiosincrásicas equiparables a las palabras y disponibles para su empleo como cualquier otro signo. Este hecho favorece que el receptor las perciba, en una elevada proporción, como estructuras prefabricadas y procese su sentido global y traslaticio, y que, en ningún momento, se percate de la manipulación creativa del emisor cuya pretensión es el empleo de la combinación libre homónima. De este modo, solo el contexto, de forma explícita o implícita, puede subsanar el error, ya que se han visto defraudadas las expectativas del receptor<sup>8</sup>.

Ante una pregunta como *¿No habrás perdido los papeles?* caben fundamentalmente dos respuestas también formuladas con interrogación: *¿cuándo?* y *¿cuáles?* No resulta extraño que se responda, en primer lugar, haciendo referencia a la temporalidad, puesto que existe, como se ha señalado, una tendencia por parte del hablante a percibir en primer lugar la estructura prefabricada (*perder los papeles* con el sentido global de ‘dejar de tener dominio sobre uno mismo’), frente a la combinación composicional de los elementos. Los bloques léxicos están habitualizados en el proceso de descodificación, por lo que se tiende a interpretar estas secuencias, en la medida en que se tiene suficiente competencia lingüística, más como una unidad que como un conjunto de unidades. Indudablemente la unidad fraseológica funciona como

un signo complejo pero no, simultáneamente y desde el punto de vista funcional, un complejo de signos. Los componentes de ésta no se comportan en ella como signos lingüísticos, propiamente, sino, más bien, como componentes formales de un signo (Zuluaga, 1980: 123-124).

En el empleo de las paremias, la condena de determinados comportamientos y actitudes sociales está, la mayor parte de las veces, atenuada, pues la autonomía textual de la que gozan impide ridiculizar, desprestigiar, o juzgar de forma directa a una persona, una cosa, una situación, una idea, etc. En cambio, las fórmulas rutinarias, en la medida en que están especialmente condicionadas por la situación comunicativa y, por tanto, constituyen un resorte frecuente en la interlocución, poseen una gran expresividad. De hecho, un número importante de ellas son fórmulas expresivas, mediante las que el hablante manifiesta su actitud y sus sentimientos. En este sentido, no resulta raro que abunden las que poseen connotaciones despectivas, descorteses u ofensivas (Corpas Pastor, 1996: 185).

### **Intensificación y minoración de lo descortés en las unidades fraseológicas**

Como se ha señalado anteriormente, resulta interesante tener en cuenta las colocaciones para el análisis de la descortesía, por más que, en muchas ocasiones, esta no se perciba. La razón estriba en que el adjetivo, que funciona como colocativo de la combinación nominal, puede provocar, por un lado, una atenuación de la significación positiva del sustantivo al que acompaña: *felicidad pasajera*, *flaco favor*, *victoria apretada*, *sueldo miserable*, *herida/quemadura superficial*, *calidad inferior*; y, por otro, una consideración positiva si el sustantivo posee significado negativo, porque se produce una minoración de lo expresado por el sustantivo: *malestar*

*pasajero, error insignificante* (Koike, 2001: 137). No obstante, un sustantivo negativo también puede verse intensificado negativamente. Son muchos los ejemplos que podemos encontrar: *idiota perdido, mentira monumental, ignorancia supina, fracaso estrepitoso, soberano fracaso, equivocación insólita, odio mortal, fiera envidia, redomado canalla, (granuja, sinvergüenza, estafador, tonto), ignorancia supina.*

Es evidente que el carácter negativo o positivo del adjetivo que ejerce de intensificador condiciona la imagen que proyecta la colocación: *error insignificante/error garrafal.*

Al margen de las colocaciones es reseñable que, algunas veces, se puede producir la supresión de algún elemento de la unidad fraseológica. Se trata de algo bastante habitual en el empleo de las paremias, ya que el hablante tiene tan arraigada en su acervo cultural la expresión que no necesita su desarrollo completo. Precisamente el hecho de que esté acortado le da mayor expresividad, porque focaliza la atención sobre una parte, mientras que lo demás se presupone. En el caso de *Genio y figura (hasta la sepultura)* la elipsis facilita que se resalte la connotación negativa, pues el interlocutor al participar, aunque pasivamente, en la codificación del fraseologismo es más consciente de la valoración. Lo mismo sucede con *Cría cuervos (y te arrancarán los ojos).*

Por otro lado, la acronimia fraseológica, en la que se cruzan dos o más locuciones que comparten algún elemento, puede propiciar, en algunos casos, una atenuación del valor negativo por el uso lúdico que el hablante hace del lenguaje, porque si emplea este recurso no puede estar lo suficientemente enfadado, ni indignado, como para expresar una desaprobación intensa. Por ejemplo, *no te vayas por las ramas de Úbeda* (fusión de *irse por las ramas* más *irse por los cerros de Úbeda*).

Independientemente, de lo que se acaba de señalar hay quien opina que el hecho de que existan y se apliquen expresiones rutinizadas que expresen el rechazo del interlocutor favorece la convivencia social, es decir, se trata de un recurso que funciona como obstáculo para la violencia en el intercambio comunicativo. En este sentido, la rutinización de una unidad aminora la posibilidad, en determinadas culturas, de que se produzca un conflicto físico, por más, y precisamente por ello, que exista el conflicto verbal (García-Medall, 2006).

## **Fraseología y expresividad**

Es obvio que las unidades fraseológicas se caracterizan por una fuerte carga expresiva. De hecho, cuando se desea marcar la subjetividad y la complicidad con el interlocutor se recurre con frecuencia a expresiones



ritualizadas con un claro valor connotativo. A veces, se emplean como mero recurso estilístico tanto en lo escrito como en lo oral en registros formales, con el fin de buscar la informalidad dentro de la formalidad.

Para manifestar la señalada subjetividad, el hablante no tiene por qué ser creativo, ya que se parte de un discurso repetido, sumamente eficaz:

Pero ocurre además que hablar implica muchas veces abandonar el aspecto de la comunicación objetiva para refugiarse en el de la expresión emocional. La facultad de expresarse a través de imágenes sensibles directamente intuibles y a veces a través de lo contrario, es decir, a través de las más absurdas imágenes, la fuerza y emotividad de las expresiones, la presencia no poco frecuente de rima y ritmo y, digámoslo también sin empacho, los ataques contra los tabúes sociales, hacen que este mensaje emocional llegue a su destinatario con toda claridad.

Naturalmente, para todas estas expresiones coloquiales no es necesario que el hablante posea talento creativo alguno, pues el registro de la lengua hablada dispone de gran cantidad de combinaciones fijas que corresponden exactamente a las necesidades que tiene el hablante en cada situación concreta. Expresiones como *de pe a pa*, *a troche y moche*, *tía cañón*, *confundir el tocino con la velocidad*, *tenerlos más grandes que el caballo de Espartero*, *¡naranjas de la China!*, *¡borrón y cuenta nueva!*, etc., constituyen un verdadero repertorio de combinaciones fijas a las que el hablante puede recurrir una vez llegada la situación que las justifique (Varela & Kubarth, 1984: VIII).

Para expresar estas emociones y sentimientos, mediante la alusión a realidades no tangibles referidas a determinados comportamientos sociales, admirados o denostados, según los casos, el hablante se suele valer de unidades léxicas que designan su mundo más inmediato, lo que más próximo tiene a su alcance. Por ejemplo, su propio cuerpo: *perder la cabeza*, *cabeza dura*, *tener varias caras*, *ser el ombligo del mundo*, *no tener dos dedos de frente*, *cuatro ojos*, *no ver más allá de sus narices*, *no tener pelos en la lengua*. También se acude a realidades inmediatas como los alimentos: *que te den morcilla*, *vete a freír espárragos*, *¡y un jamón!*, *perder aceite*, *tener sangre de horchata*, *pasarse(le) (a alguien) el arroz*. Igualmente, se recurre a los animales: *más puta que las gallinas*, *subírsele el pavo*, *hacer el ganso*, *cabeza de chorlito*, *terco como una mula*, *la cabra tira al monte*; o a las profesiones: *tomar por el pito del sereno*, *fumar más que un carretero*, *gritar como una verdulera*, *beber como un cosaco*, *hacer el payaso*, *hablar más que un sacamuelas*; o a la religión: *quedarse para vestir santos*, *estar en el limbo*, *ser de la piel de Satanás*.

Evidentemente, muchas de las unidades fraseológicas que tradicionalmente podemos catalogar a priori como descorteses se pueden usar como mero vínculo de expresividad en la interacción comunicativa o como signo de identidad grupal, por lo que se produce la neutralización entre lo meliorativo y lo despectivo. Es decir, lo que es aplicable a los vocablos simples o a combinaciones no fraseológicas se puede extender a las unidades que

estamos analizando, aunque siempre están condicionadas por el contexto. Por tanto, los ejemplos que siguen hay que considerarlos en una situación comunicativa propicia para unos usos tenidos por disfemísticos, por más que habría que hablar también de gradaciones. En este sentido, podemos referirnos a eufemismos disfemísticos, y es que al igual que ocurre con los vocablos simples, estas unidades sirven para establecer un distanciamiento con la realidad interdicta, pese a que el distanciamiento no sea total, ya que se solapa solo en parte. De ahí que se conserve el matiz peyorativo.

Anteriormente, hemos aludido a la expresión de los sentimientos de los hablantes mediante las unidades fraseológicas. En ellas subyace una visión del mundo. Existen unos límites que no conviene traspasar y unos comportamientos modélicos frente a otros claramente rechazables. La indiferencia o el vituperio ocasionan el uso de frases muy expresivas, a veces, hiperbólicas y que, en pocas ocasiones, se ajustan a la realidad. Es decir, para contravenir determinados ideales de comportamiento social, el hablante que insulta miente, y lo sabe, porque es consciente de que no puede ser aplicable en la literalidad. Ello no implica que necesariamente se mitigue la carga de agresividad verbal, por más que, como se señaló antes, existan excepciones que prueben que las ritualizaciones atenúan la agresión. Así cuando alguien le dice a otra persona *¡vete a freír espárragos!*, le está sugiriendo que lo deje en paz y no que acometa la acción tal y como se describe en la unidad. En este caso, hay que hacer hincapié en el valor traslaticio que tanto emisor como receptor conocen. Aún más se percibe la falsedad al insultar a alguien mencionando a un miembro de la familia, cuando el insulto va destinado directamente al interlocutor y no a lo más íntimo del núcleo familiar, por ejemplo, la madre o el padre.

Existen, por tanto, unos esquemas de comportamiento modélico social, de carácter restringido, que conforman la visión del mundo, al igual que en la formación de unidades fraseológicas se recurre a vocablos limitados que aluden a realidades muy determinadas, las más cercanas o inmediatas, para expresar esas mismas concepciones. De ahí que podamos hablar de una serie de constantes semánticas en estas unidades con valor descortés. En todas ellas, se daña la imagen del destinatario, en mayor o menor grado, precisamente debido a que predominan esas constantes y quien se aleja de ellas será objeto de insulto.

Entre las constantes semánticas resultan especialmente destacables las relacionadas con la falta de moderación, en grados diversos. En efecto, se considera que no hay que sobrepasar un determinado límite para conseguir un equilibrio en los comportamientos sociales. Al mismo tiempo, la paciencia se considera una virtud, pero existe un punto máximo, a partir del cual las cosas *pasan de castaño oscuro*. Si partimos de esta consideración social, la imagen del destinatario queda dañada con las unidades que hacen

referencia al desequilibrio. Así, la persona de vida desordenada es un *bala perdida* o la inquieta, que no se encuentra a gusto en parte alguna, es un *culo (culillo) de mal asiento*<sup>9</sup>. En la búsqueda de ese equilibrio se considera que hay que huir de cualquier atisbo de arrogancia, de ahí el valor despreciativo de la expresión *ponerse gallito*, ponderada por el uso del diminutivo, que se aleja del valor dimensional o meliorativo para situarse en un uso disfemístico. La intensificación del desequilibrio en el comportamiento da lugar a usos considerados depravados, como los que connota la locución *revolcarse en el fango*. En todos estos ejemplos se comprueba el valor despreciativo en las formas constituyentes de los fraseologismos. Así ocurre con el adjetivo *perdida* (en *bala perdida*), el adverbio *mal* (en *culo [culillo] de mal asiento*) o el sustantivo *fango* (en *revolcarse en el fango*), donde en este último se subraya la idea de suciedad. Igualmente, como se acaba de indicar, el diminutivo (en *ponerse gallito*) intensifica el valor negativo que pudiera connotar el comportamiento de un gallo de pelea. Del mismo modo, la reafirmación de un comportamiento inmoderado puede hacer que se considere descarada a la persona que así se manifiesta, por lo que *se queda más fresca que una lechuga* (expresión en la que se juega con la polisemia del adjetivo *fresco*) o *tiene un morro que se lo pisa*.

Las actitudes censuradas dan lugar a rechazos que pueden ser intensos. En todo caso, los matices de descortesía son variados y dependen, en gran medida, de que se actualice o no el carácter burlesco mitigador de lo despreciativo. Así, a veces, aparece una serie de expresiones claramente peyorativas, junto con otras eufemístico-disfemísticas cuya carga de violencia puede ser mayor que la que posee el sustituto si añadimos elementos entonativos o quinésicos. De este modo, nos encontramos con *vete a la mierda (a la eme, al cuerno)*, *vete a tomar por el culo, (a tomar por saco, a tomar viento)*, *vete a freír espárragos (monos, monas, morcilla, puñetas)*, *vete a escardar cebollinos, vete a hacer gárgaras*. Las reacciones de ira, derivadas de las actitudes censuradas, dan lugar a algunas expresiones que se ubican entre la indiferencia y la soberbia, como en *me lo paso por los cojones* o *por la entrepierna*. Igualmente, el menosprecio es especialmente reseñable en los casos en que existen vocablos relacionados con la familia del interlocutor (*cuéntaselo a tu padre* o *a tu abuela*). Muy despreciativos son los ejemplos en los que aparecen vocablos malsonantes como *me cago en tu padre, en tu (puta) madre, en tu abuela, en tus muertos* o *en tu descendencia*.

La moderación en el comportamiento se aconseja incluso en el simple acto de hablar, de ahí el sentido negativo de *hablar por los codos* o la variante *hablar como (o más que) un sacamuelas*. En este caso el valor disfemístico se percibe por el uso del sustantivo burlesco-despreciativo,

característico de la designación de determinadas profesiones. Estos usos comparativos están igualmente presente en *beber como un cosaco* y, sobre todo, en *hablar, jurar o fumar como un carretero*.

Antes se ha visto que la paciencia es virtud, pero no hay que sobrepasar determinados límites de comportamiento. Si esto ocurre, las expresiones pueden ser especialmente descorteses, ya que nos encontramos con variantes como *estoy hasta las narices* o *la coronilla* o *hasta los huevos* o *los cojones*. La expresión *estoy hasta los mismísimos*, que posee un carácter eufemístico-disfemístico, gracias a la elipsis, pierde cualquier atisbo de disminución de la carga despectiva si se restituye el vocablo elidido y se conserva la forma adjetiva. En este caso, el matiz descortés aumenta al adquirir *mismísimos* una función deíctica de valor ponderativo.

La moderación no implica debilidad de comportamiento, de ahí que la condescendencia en la educación del individuo no se considere un signo positivo. En este sentido, una persona cuidada con excesivos miramientos *se ha criado en estufa*. Del mismo modo, la sumisión no es necesariamente una virtud, ya que quien se caracteriza por este comportamiento se ha *dejado los huevos en casa*. En relación con lo señalado, los comportamientos derivados de la inexperiencia se penalizan, por lo que alguien no avezado en el conocimiento de la realidad es una persona *recién salida del cascarón*. Por esta misma razón, el que *se sale del cascarón* se excede o propaga en determinadas acciones, debido, precisamente, a su corta edad. Así mismo, el que se caracteriza por su inocencia, entendida no precisamente como virtud, *muerde el anzuelo*, parece que *se ha caído de un guindo* o *no sabe de la misa la mitad*. En este mismo sentido, se minusvaloran las aportaciones del interlocutor, ya que, debido precisamente a su inexperiencia o falta de conocimientos, quien dice o hace cosas de escaso interés *ha descubierto* o *inventado la pólvora*. Relacionado con la falta de inteligencia, no son pocas las expresiones descorteses: *es más torpe que un arado*, *más tonto que hecho de encargo*, sin olvidar la locución intensiva *de capirote*.

Otro comportamiento, que figura entre los más denostados, es la hipocresía. Las falsas víctimas reciben un profundo rechazo, de ahí que quien finge su inocencia está *mirando con cara de cordero degollado*. Del mismo modo, alguien que se ríe con risa fingida o forzada *se ríe con risa de conejo* o quien bajo una apariencia inofensiva encubre acciones poco recomendables es una *mosquita muerta* (de nuevo comprobamos el valor despreciativo del diminutivo), y quien deja al descubierto sus verdaderas intenciones *se ha quitado la máscara*.

La pérdida de la dignidad es otra de las constantes semánticas. Así quien adula a alguien está *lamiéndole el culo* o quien cede ante situaciones poco justas está *poniendo el culo*. En este sentido, si el emisor quiere

mostrar su superioridad ante el destinatario del mensaje y denigrarlo en su condición de persona emplea expresiones como *chúpamela* o *chúpame un huevo*. En ambos casos se acude a explicitar voces relacionadas con el tabú de la sexualidad como mecanismo denigratorio, con la finalidad de expresar desprecio o indiferencia. En relación con esto, la indiferencia o desdén da lugar a expresiones como *me importa un pito* (y las variantes *comino*, *rábano* o *tres cojones*), *me la trae floja* o *me la trae al fresco*.

Al margen de lo señalado, habría que añadir una serie de fórmulas rutinarias que, aunque no contienen voces malsonantes ni elementos relacionados con la tipificación de la realidad inmediata, poseen un claro valor descortés condicionado por un intercambio conversacional concreto en el que la principal función es la de atentar contra la imagen del interlocutor, en la medida en que manifiestan indiferencia (*¡a mí plin!*), amenaza (*ya me las pagarás*, *te vas a acordar*, *nos veremos las caras*) o ambas actitudes (*¡allá tú!*).

## Conclusiones

La complejidad del universo fraseológico ha incidido en la existencia de un elevado número de taxonomías. Las dificultades son evidentes, pues el funcionamiento de muchas de las combinaciones sintagmáticas con cierto grado de fijación no es siempre constante, por lo que las fronteras establecidas entre unos tipos y otros resultan tenues y cuestionables. Fundamentalmente, la clasificación ofrecida por Corpas Pastor (1996), desde una concepción amplia de la Fraseología, es la que ha tenido más aceptación en los últimos diez años; si bien, desde otras miras más estrechas, se ha pretendido cercar los fenómenos fraseológicos y situarlos de una forma más precisa en el ámbito locucional. De este modo, algunas de las combinaciones se han reubicado y otras se han devuelto a las disciplinas de las que injustamente salieron (García-Page, 2008).

Todas estas fluctuaciones y reflexiones, necesarias sin duda alguna, han influido directamente sobre la práctica lexicográfica, que, en muchas ocasiones, no ha sabido reflejar ni sistematizar con precisión su presencia en el diccionario. No obstante, en la actualidad se han producido algunos avances que no son nada desdeñables, aunque todavía queda mucho por hacer.

Hemos centrado nuestro trabajo en el análisis de las unidades fraseológicas, colocaciones, locuciones y enunciados, desde un punto de vista semántico. En concreto, nos hemos acercado a las constantes semánticas que poseen las que funcionan con valores descorteses.

Es fundamental reseñar en estas combinaciones sintagmáticas la expresividad. Son muy variados los mecanismos que articulan los distintos

tipos de unidades para conseguir una intensificación o una atenuación del sentido peyorativo. La presencia del adjetivo con valor ponderativo en determinadas colocaciones, la supresión de algún elemento o la acronimia en ciertos enunciados fraseológicos o locuciones propician diferentes grados de descortesía en el discurso.

El empleo de estas expresiones rutinizadas pone en evidencia que el hablante cuenta con un material léxico ya prefabricado, que minimiza su esfuerzo creativo, para expresar la subjetividad y la complicidad con el interlocutor. No cabe duda de que muchas de las unidades que hacen referencia a determinados comportamientos sociales se valen del empleo de vocablos que designan lo que forma parte del mundo más inmediato del hablante, de ahí los frecuentes somatismos, las animalizaciones, la presencia de la comida, las profesiones o la religión. Los diversos valores que desarrollan, en los que el contexto resulta determinante, pueden variar desde lo difemístico en un grado intenso hasta la atenuación de lo peyorativo. Es indiscutible que en todas ellas se percibe una determinada visión del mundo, en la que imperan determinados ideales de comportamiento social cuyos límites no se deben traspasar. Y así se espera. De lo contrario, la pérdida de esas expectativas se verbaliza mediante determinadas unidades fraseológicas, en las que se pueden observar una serie de constantes semánticas. Entre ellas, se encuentra la falta de moderación, lo que determina que se confíe en operar dentro de unos límites que no suponga la pérdida del equilibrio. Esto da lugar a unidades en las que se condena la vida desordenada, la arrogancia, o en las que, como producto de la ira por el no cumplimiento de las actitudes tenidas por ejemplares, se manifiesta indiferencia y soberbia. En la misma línea, encontramos expresiones que valoran negativamente una educación flexible, o un comportamiento sumiso, o, incluso, focalizan la atención hacia la inexperiencia, la inocencia o la falta de sabiduría, que también se penaliza. Otras constantes son la hipocresía, en la que se experimenta un rechazo por la falsedad de determinadas acciones, y la falta de dignidad, en la que el hablante pretende denostar al interlocutor haciendo gala de su superioridad.

Por último, algunas fórmulas rutinarias, neutras en cuanto a los elementos que las constituyen, consiguen claros efectos descorteses, potenciados por situaciones comunicativas concretas que deterioran la imagen del interlocutor.

## **Notas**

<sup>1</sup> Este par conceptual encuentra correspondencia con las nociones de *lenguaje no literal* y *lenguaje literal* de L. Carreter (1980), o *the open choice principle* y *the idiom principle* de J. Sinclair (1991), con algunos matices diferenciales.

<sup>2</sup> Se ha hablado de la existencia de dos Fraseologías, una en *sentido estrecho* y otra en *sentido amplio*, de acuerdo con la inclusión o no de las unidades paremiológicas. Véase al respecto Tristán Pérez (1984).

<sup>3</sup> Este trabajo se inscribe dentro del proyecto FFI 2009-10515 del Ministerio de Ciencia e Innovación “(Des)cortesía y medios de comunicación: estudio pragmático”.

<sup>4</sup> Algunos trabajos que contienen las clasificaciones más relevantes son los de Casares (1992[1950]); Coseriu (1977); Zuluaga (1980); Haensch, Wolf, Ettinger y Werner (1982); Carneado Moré y Tristán Pérez (1985); Corpas Pastor (1996) y Ruiz Gurillo (1997).

<sup>5</sup> Sobre el tratamiento irregular que en los diccionarios se les da a las unidades fraseológicas, véase Castillo Carballo (2001 y 2002).

<sup>6</sup> Conviene no obviar la gradualidad con que se manifiesta la fijación en el fenómeno fraseológico. En este sentido, la variación sería otro rasgo más de la Fraseología. No obstante, “las variaciones han de estar fraseológicamente previstas, codificadas, fijadas de antemano; la variación (autorizada) es, pues, predecible” (García-Page, 2008: 217). Este comportamiento de modificabilidad garantiza que fijación y variación no sean características totalmente discrepantes.

<sup>7</sup> Cabe puntualizar que García-Page (2008) apuesta por una categoría nueva, la locución oracional, que atrae algunas de las unidades que formaban parte de la tercera esfera de Corpas Pastor (refranes, frases proverbiales, fórmulas) o incluso las también llamadas, por esta autora, locuciones clausales, provistas de sujeto y predicado, pero que han de actualizar algún actante en el discurso.

<sup>8</sup> Véase Corpas Pastor (1996: 239). Resulta especialmente ilustrativo el ejemplo facilitado por la autora en el que, dependiendo de la percepción compositiva o unitaria de la locución *de tarde en tarde*, se desarrollará un sentido peyorativo o no (‘todos los días’ o ‘dejando pasar un largo tiempo’), cuando se emplea referida a la acción de beber alcohol.

<sup>9</sup> La variante *culillo de mal asiento* posee un efecto mitigador del carácter difemístico, marcado por el grado de afectividad que, en este caso concreto, posee el diminutivo, al contrario de lo que sucede en otros ejemplos donde se pondera lo ya despreciativo.

## Referencias

- Carreter, L. (1980).** *Estudios de lingüística*. Barcelona: Crítica.
- Casares, J. (1992 [1950]).** *Introducción a la lexicografía moderna*. Madrid: C.S.I.C.
- Castillo Carballo, M.<sup>a</sup> (2001).** La fijación sintagmática en el diccionario. En E. Méndez, J. Mendoza & Y. Congosto (Eds.). *Indagaciones sobre la lengua. Estudios de Filología y Lingüística españolas en memoria de Emilio Alarcos*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 395-416.
- Castillo Carballo, M.<sup>a</sup> (2002).** El aspecto colocacional en la producción lexicográfica. En J. I. Pérez Pascual y M. Campos Souto (Eds.), *Cuestiones de lexicografía*. Lugo: Tris-tram, 97-105.
- Corpas Pastor, C. (1996).** *Manual de Fraseología española*. Madrid: Gredos.

- Coseriu, E. (1981).** *Lecciones de lingüística general*. Madrid: Gredos.
- Coseriu, E. (1997).** *Principios de Semántica estructural*. Madrid: Gredos.
- García-Medall, J. (2006).** Fraseología del insulto e ironía en los primeros vocabularios del tagalo y del bisaya (s. XVII). En J. García-Medall (Ed.), *Fraseología e ironía. Descripción y contraste*. Lugo: Axac, 49-70.
- García-Page Sánchez, M. (2008).** *Introducción a la fraseología española. Estudio de las locuciones*. Barcelona: Anthropos.
- Haensch, G., Wolf, L., Ettinger, S. & Werner, R. (1982).** *La lexicografía. De la lingüística teórica a la lexicografía práctica*. Madrid: Gredos.
- Koike, K. (2001).** *Colocaciones léxicas en el español actual: estudio formal y léxico-semántico*. Alcalá de Henares: Universidad.
- Real Academia Española (2001).** *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ruiz Gurillo, L. (1997).** *Aspectos de fraseología teórica*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Seco, M., Andrés, O. y Ramos, G. (1999).** *Diccionario del Español Actual*. Madrid: Aguilar.
- Sinclair, J. (1991).** *Corpus, Concordance, Collocation*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- Tristá Pérez, A. M. (1985).** Fuentes de las unidades fraseológicas. Sus modos de formación. En Z. V. Carneado Moré & A. M. Tristá Pérez. *Estudios de fraseología*. La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 281-303.
- Varela, F. & Kubarth, H. (1984).** *Diccionario fraseológico del español moderno*. Madrid: Gredos.
- Zuluaga, A. (1980).** *Introducción al estudio de las expresiones fijas*. Frankfurt: Verlag Peter D. Lang.

## Nota biográfica





**M.<sup>a</sup> Auxiliadora Castillo Carballo** es

Doctora en Filología Hispánica y profesora titular de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla.

Su línea de investigación se centra en la Lexicografía y la Lexicología españolas.

Ha publicado numerosos trabajos sobre Fraseología del español, Lexicografía sincrónica e histórica, y sobre la enseñanza del español como segunda lengua en diferentes libros y revistas y ha participado en diversos congresos nacionales e internacionales.

Actualmente es miembro del Grupo de Investigación "INTERLÉXICO-HUM 758".

**E-mail:** [auxicastillo@us.es](mailto:auxicastillo@us.es)